

KISSINGER Y METTERNICH

Por

Emilio MENESES Ciuffardi

Subteniente RN, Armada de Chile



EN EL ACTUAL Sistema Internacional basado en la preponderancia política y estratégica de dos superpotencias, el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores perteneciente a cualesquiera de ellas, constituye una posición desde la cual, si bien, no se pueden dirigir en forma arbitraria los acontecimientos mundiales, a lo menos éstos no pueden ocurrir a espaldas de quien sostiene la política exterior de uno de los colosos.

Esto es particularmente efectivo para el caso de los Estados Unidos, en donde el Secretario de Estado para asuntos Exteriores es ejecutor directo de la política exterior de la Presidencia, la cual, a su vez, sólo responde en último término ante el pueblo y la Constitución del país.

La Carta Fundamental norteamericana permite que la Presidencia otorgue diversos grados de responsabilidad al Departamento de Estado, y esto se hace según el estilo peculiar del gobierno en ejercicio. Un extremo es el papel de un Secretario meramente ejecutor, y el otro, más espectacular, ha sido el del Secretario conductor de la política exterior, como el caso Truman-Acheson, Eisenhower-Dulles, Nixon-Kissinger y actualmente Ford-Kissinger.

Aunque no es el único caso conocido en que un importante catedrático universitario haya pasado a ocupar un cargo público de esa magnitud, sin haber mediado una carrera política entre ambas etapas, el del doctor Henry A. Kissinger es original por otras razones.

Kissinger como investigador y profesor de la Universidad de Harvard, conjuntamente con otros estrategas, estudiosos de política y catedráticos (como Kahn, Dean, Fish, Baldwin, Berkner, Bowie, Lindsay, etc.), fue el iniciador de una corriente de pensamiento que proponía un cambio radical en la política exterior norteamericana.

J. Foster Dulles, Secretario de Estado de Eisenhower, enunció en 1954 una doctrina general al decir que Estados Unidos recurriría a represalias "en lugares escogidos por nosotros" como respuesta a provocaciones diversas, desde un ataque directo al territorio metropolitano hasta avances menores en sectores periféricos en disputa. Llevada a una situación de extremo, la doctrina expresaba lisa y llanamente que cualquier zona en donde hubiese un conflicto en que ambas superpotencias se vieran enfrentadas, pasaba a convertirse en "mecha" o "gatillo" de un enfrentamiento total.

Esta estrategia presentó dos problemas fundamentales; en primer lugar la amenaza no resultaba verosímil para un ad-

versario como Rusia, capaz de diseñar un juego de avances y confrontaciones que no parecían afectar directamente intereses tales que justificaran la represalia nuclear masiva; y en segundo término, este planteamiento encontró una respuesta verbal en los soviéticos, la cual expresaba que cualquier uso de la fuerza nuclear norteamericana llevaría a una escalada total, la que, debido a la situación provocada, tendría efectos incalculables y llegaría hasta las últimas consecuencias.

Ambas situaciones —íntimamente conectadas— provocaron en una sociedad abierta como la norteamericana una constante tensión y horror al holocausto nuclear, tanto en la masa media como en sus líderes, y deja sentir sus efectos hasta en la actualidad.

Entre los principales críticos de la doctrina "De Disuasión por Represalia Masiva" se contaba Kissinger, quien en 1957 propone una nueva estrategia, expuesta en su obra "Armas Nucleares y Política Internacional", la cual él llama la "Estrategia de Respuesta Flexible", que consistía básicamente en que los Estados Unidos debían desarrollar una capacidad para enfrentar a sus rivales en todos los terrenos y en el mismo grado y nivel en que fuese realizado el desafío.

El profesor de Harvard con esto no quería expresar que el poder nuclear debía quedar en segundo plano o desaparecer de las opciones estratégicas, sino más bien pretendió ubicar este arsenal estratégico en el lugar y papel que realmente le correspondía por el significado y efectos de su utilización en caso de enfrentamiento.

De este modo esta estrategia, para surtir el efecto deseado, suponía un poder bélico de armas convencionales en el arsenal de Occidente, a lo menos equivalente al oriental y un poderío atómico capacitado para "dar un segundo golpe", es decir, tener la capacidad de causar daño irreparable al agresor aun después de haber sufrido un ataque nuclear masivo por parte de éste.

Ambas armas serían usadas en forma gradual y en correlación directa a la inicie de la disputa, pretendiendo que el conflicto no sobrepasase los límites de su real dimensión y significado.

Durante los gobiernos de Kennedy y Johnson, Estados Unidos adoptó esta "Doctrina de Respuesta Flexible", que fue estrenada flamantemente en la crisis cubana de los cohetes en 1962.

Aun cuando no logró sacar a Norteamérica del drama que ha sufrido su política internacional los últimos 30 años, por el hecho de no poseer la iniciativa de los acontecimientos frente a la Unión Soviética, esta nueva estrategia fue una real alternativa a la de "Respuesta por Represalia Masiva" y le permitió una mayor soltura de movimientos dentro del sistema internacional durante la década de los 60.

Cuando Kissinger asumió la cartera de Relaciones Exteriores en 1973, no necesitó poner en práctica su planteamiento de política; éste ya era realidad desde hacía una década; el sólo debería recoger sus frutos.

La otra razón fundamental de por qué la era de Kissinger marcará un hito importante en las relaciones internacionales del mundo radica en el contexto histórico en que asume la dirección de la política exterior de una superpotencia, con las características que ésta posee, y en el carácter que pretende imprimirle a la actitud internacional de su país, de tal modo que éste sea el agente de un cambio profundo en el actual esquema bipolar.

Haciendo especial referencia a su obra que le valió el doctorado ("Un Mundo Restaurado"), en donde analiza el papel del ministro austríaco Metternich, el cual de resultados del Congreso de Viena en 1815, creó un sistema internacional que duró hasta 1914, la crítica internacional le ha acusado de pretender emular al canciller del imperio austríaco.

El mundo de los siglos XVI, XVII y XVIII no fue otro que el teatro europeo. Toda la política internacional relevante para el sistema comenzaba y moría entre los Urales y el Atlántico.

Durante ese período el carácter esencial del sistema radicó en un equilibrio de poderes, es decir en el clásico esquema de "Balance de Poder", en donde 5 a 6 actores importantes, más otros tantos secundarios, se equilibraban entre sí me-

dian te acuerdos y alianzas, a fin de evitar el dominio preponderante de alguno sobre los demás.

La aparición de Napoleón a la cabeza de Francia amenazó con romper este equilibrio por dos razones fundamentales.

En primer lugar, con la conscripción obligatoria y la canalización de grandes recursos nacionales había hecho de Francia una potencia sin ningún contrapeso en el continente y con ello la regla de oro del equilibrio multipolar o de balance de poder se había perdido. Pero además se había provocado el quiebre mismo del sistema al poseer su gobierno una legitimidad en su origen diferente al de los otros. Ante este desafío republicano, las monarquías absolutas vieron amenazada su existencia por la base de su sustentación. El sistema internacional se había quebrado, ya no gozaba de una misma base de reconocimiento general. La seguridad de Napoleón implicaba la inseguridad absoluta de las monarquías y viceversa.

Tras la derrota del corso, Gran Bretaña pretendió establecer la situación "ante", basada únicamente en la concepción de un equilibrio de poderes en el continente. La potencia insular, ajena al fenómeno del republicanismo y nacionalismo que amenazaba los imperios centrales, planteaba que la base para el logro de un nuevo equilibrio sin Napoleón era un ajuste de fronteras adecuado y ciertas salvaguardias fundamentalmente centradas en pactos que velaran el status quo deseado.

Metternich comprendió que una equilibrada distribución de fuerzas no era la única condición para la supervivencia del sistema internacional; además era preciso, a toda costa, obtener una base general de legitimidad que involucrara a todos los Estados comprometidos y este principio debía ser inviolable.

Un sistema pluripolar pronto dejaría de serlo nuevamente si gran parte de los actores esenciales desaparecían. Si el nacionalismo republicano prosperaba en Europa, los imperios orientales pronto sucumbirían y las monarquías occidentales se verían muy debilitadas. Era preciso entonces lograr un acuerdo que legitimase la existencia de estos reinos e imperios. Debería ser un acuerdo inviolable,

en que todos los firmantes se obligaban a respetarlos y hacerlos respetar; así nació la Santa Alianza.

El canciller austríaco cuando planteó la necesidad de la existencia de poderes equilibrados dentro de un marco común de relaciones y reconocimiento, no pretendía, como muchos afirman, "volver al pasado"; él, mejor que nadie, sabía que el mundo nunca volvería a ser igual al anterior a 1789. Había comprendido que la única alternativa viable para un sistema internacional acorde con la situación histórica del momento era el sistema multipolar. En ese instante, a juicio de él, Europa no estaba capacitada para alguna otra forma de marco de las relaciones internacionales; cualquiera otra alternativa hubiese significado un quiebre de tales proporciones que la existencia de la civilización occidental misma se hubiese visto amenazada.

Mientras que las condiciones necesarias para un cambio en el sistema internacional fuesen apareciendo, era preciso lograr un máximo de estabilidad que sólo la garantizaba una alianza como la que nació en Viena en 1815.

Por esta causa se jugó el canciller austríaco y su gobierno, y el sistema logrado sobrevivió un siglo, el período justo para permitir un nuevo equilibrio de poder en el mundo y una nueva forma de legitimidad acorde con el desarrollo cultural y social que vivió Europa en ese lapso. El sistema no soportó más y se desmoronó con la Primera Guerra Mundial, causada por la aparición de nuevas potencias, nuevas formas de legitimidad, la desaparición de actores esenciales y principalmente por la rigidez e irreconciliación de las alianzas producidas en las tres décadas anteriores.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial se delinea definitivamente un nuevo tipo de sistema internacional que se había gestado en el período de entre guerras; es un sistema bipolar que además posee el carácter de universal porque involucra a todo el globo. Los sistemas internacionales anteriores habían tenido como teatro a continentes y mares, el actual cubre toda la Tierra y ningún país puede marginarse a él sin verse afectado.

La historia recuerda los períodos basados en sistemas bipolares del pasado

como etapas de tensión e inestabilidad que indefectiblemente terminaron en guerras de imprevisibles consecuencias.

Es el caso de Atenas y Esparta en su lucha por el control del mundo heleno y que terminó en la guerra del Peloponeso y el posterior dominio de Macedonia, y también el del conflicto entre Roma y Cartago por el control del Mediterráneo, que se definió con la desaparición de esta última después de tres guerras consecutivas y la asunción de Roma a la dirección absoluta del mundo conocido.

El sistema bipolar que emerge en 1945 se caracteriza por varios factores que lo hacen muy inestable. Un polo está representado por una potencia que está satisfecha de su papel y de la forma en que lo lleva a cabo y está bien relacionada con el resto del mundo porque en los términos que plantea sus relaciones y mantiene su hegemonía, en el orbe es aceptable para la gran mayoría de los miembros del sistema; es entonces una potencia de status quo. El otro polo no está contento con estos términos y difiere su punto de vista respecto de la forma de establecer esa hegemonía, estimándola no acorde con sus intereses, quiere cambiar los términos en la relación, es una potencia revolucionaria.

Pero no sólo ambas potencias están en desacuerdo en la cantidad y forma de repartirse y ejercer el poder en el sistema, sino que también basan sus respectivas legitimidades de poder interno y externo sobre principios ideológicos totalmente diferentes.

Es decir, difieren también en los principios de legitimidad que las sustentaban y por ende, no hay un principio de legitimidad universal para todo el sistema.

La diferencia de legitimidad acarrea diferencias de sistema político interno, y en este caso significa que un polo, dada su estructura, es lento en la acción internacional por requerir un necesario consenso interno, puesto que su gobierno no es directivo ni posee partido político único. En tanto, el otro polo se caracteriza por poseer un sistema directivo de gobierno apoyado por un subsistema político dominante (el partido). En términos prácticos, esto significa que en el primer caso las decisiones son lentas en tomarse y ejecutarse, y en el otro, son más rápidas y no requieren consulta o consenso.

Estos tres hechos han significado que una de las superpotencias, la de status quo, ha ido perdiendo terreno ante la potencia revolucionaria debido a que sus objetivos, su ideología y su iniciativa en la acción la hacen estar satisfecha y reaccionar lentamente ante los estímulos del medio. Mientras tanto la potencia insatisfecha, debido a una autoapreciación de su situación en desmedro a la interpretación que tiene la historia y a su poder de decisión y acción sin trabas, la han hecho mejorar su posición relativa hasta el punto de llegar a amenazar el precario equilibrio que por el hecho de ser bipolar tiende naturalmente al desajuste.

Kissinger comprendió que este esquema bipolar es claramente desventajoso para una potencia como los Estados Unidos, ya que su única alternativa es asumir un papel de contención ante el avance implacable de su rival. Para Norteamérica es fácil ser líder en un mundo sin quiebres de legitimidad y donde no hubiesen potencias insatisfechas. Pero el verse enfrentada a una situación como la de los últimos 35 años la ha agotado en su voluntad de ser rectora y al mismo tiempo realizar una política de contención, sin esperanzas de tomar la iniciativa.

Para salir de esta posición, que tarde o temprano la llevaría a la claudicación, era preciso que se cambiase de algún modo, no sólo los términos de las relaciones, sino el marco donde éstas se estaban dando. Un cambio de esta naturaleza, a mediano plazo significa un cambio en la estructura del sistema internacional.

Y fue exactamente eso lo que Kissinger decidió realizar, ya que el actual sistema de continuar significaba la destrucción de Estados Unidos y Occidente, o en el mejor de los casos, una guerra de consecuencias no previstas.

La mejor alternativa que le quedaba a Estados Unidos era crear las condiciones para que surgiese un nuevo sistema internacional, que a juicio de Kissinger y muchos otros, de todas maneras no tardaría en aparecer, con apoyo o sin él de Norteamérica o la URSS.

Se trataba entonces de acelerar un proceso que se hallaba en gestación, y que

de no hacerlo, podía implicar un retardo de un costo muy alto para Occidente.

Estados Unidos, entonces, debería preparar las condiciones para sepultar el mundo bipolar y simultáneamente fomentar la creación de un nuevo sistema multipolar en donde su papel en términos relativos, estaría disminuido respecto de lo que es hoy, pero el medio ambiente sería mucho más aceptable para sus características. Su supervivencia nacional junto con su estilo de vida se verían, al menos, asegurados.

Para crear un sistema multipolar es preciso no sólo que aparezcan nuevos polos, sino que éstos actúen como tales. Por tanto era preciso que inicialmente los mismos Estados Unidos elevaran a la condición de tal a un tercer actor internacional.

En octubre de 1971, Kissinger viaja a China y reconoce a esta potencia como la llamada a ocupar un mismo nivel en las relaciones, a la altura de Rusia y Estados Unidos.

Con este viaje se marca una interrupción en más de 30 años de política exterior basada casi exclusivamente en efectos de reacción.

La elección de China como la potencia llamada a ocupar un nivel de preeminencia, tiene un significado de tal importancia en la estrategia de Kissinger para crear un sistema multipolar, que sólo es comparable a la concepción misma que tiene el artífice del futuro sistema que pretende que aparezca.

La elección de China no pudo ser más acertada. La potencia asiática crece a un ritmo que tarde o temprano haría imposible ignorar su existencia y significación en el mundo. En segundo lugar posee rivalidades geopolíticas con su vecina Rusia que son insoslayables; luego, estas diferencias serían garantes de un permanente punto de roce con los soviéticos, los cuales además ven ahora en adelante, si no cerrado, al menos dificultado el avance sobre el resto de Asia y paralelamente deberán, de ahora en adelante, sostener dos frentes, el de Europa y el de Asia.

Pero no es sólo en términos de poder que China ha significado una buena elección.

El planteamiento ideológico soviético colocaba a Rusia a la cabeza de una cruzada del proletariado marxista contra el capitalismo, en donde la primera forma de gobierno y economía tarde o temprano se impondría sobre la segunda. Hoy la URSS no es ya más —ni tampoco lo podrá ser— la "mitad del mundo" que pretende redimir a la otra. Su basamento ideológico radica en la unidad monolítica del movimiento comunista, ya que por definición doctrinaria lo es así. Kissinger destruyó en los hechos el dilema universal, planteado por los marxistas, de la lucha entre capitalismo y marxismo. Hoy el movimiento comunista ha sido quebrado, y la demostración de la falacia de su paradigma histórico era condición "sine qua non" para provocar el fin del actual sistema internacional bipolar, ya que éste posee dos dimensiones: la respecto del poder y la ideológica.

La tendencia histórica reciente ha demostrado que la dinámica del crecimiento en diversas áreas del globo permite suponer la aparición de nuevos polos de poder que se integrarán sucesivamente al actual esquema tripolar; como candidatos serios a mediano plazo se postula a Europa, Japón y el Mundo Árabe. El reciente reconocimiento de Brasil como potencia por parte de Estados Unidos es otro aporte en el mismo sentido.

Kissinger, para lograr el cambio en forma acelerada y sin trastornos, ha diseñado una estrategia que, al menos, se apoya en tres áreas o dimensiones de acción. Una referida al marco transitorio de las relaciones de los Estados Unidos con su rival. La segunda en relación con un marco transitorio del sistema internacional. Y la tercera, en un juego táctico que permita contrarrestar a las fuerzas o situaciones que amenacen con desviar o quebrar el proceso de transición.

Un sistema bipolar, dadas sus características, está a merced de la voluntad de los dos poderes centrales; si se pretende cambiarlo sin conflictos, es preciso que la alternativa propuesta sea aceptable para ambos o por lo menos no cuente con la oposición de uno de ellos. Para la Rusia Soviética, la perspectiva de un mundo multipolar no es en ningún caso halagadora; es la confirmación en los hechos del fracaso de su profecía histórica.

Si bien no se le puede convencer que actúe en contra de sus principios fundamentales, al menos era preciso que no iniciase medidas que arruinasen el montaje del escenario preparado por la estrategia kisingeriana. El ofrecimiento concreto fue la política de distensión propuesta por Estados Unidos a la URSS, consistente en un nuevo marco más abierto de las relaciones en donde la tónica sería la franqueza y colaboración en la solución de los conflictos, la aclaración de intenciones y su delimitación a dimensiones mutuamente aceptables, el reconocimiento de áreas de interés recíprocamente inviolables, la colaboración económica y científica, la consulta permanente en asuntos esenciales, etc.

Con esta política Estados Unidos intenta que su contraparte experimente las bondades de un sistema en que las relaciones se encuadran en un código común, referido a intereses compartidos, en donde el enfrentamiento bélico e incluso la amenaza de su estallido se hacen virtualmente imposibles debido a que existen las herramientas diplomáticas que permiten solucionar cualquier roce y junto a ellas la voluntad irrestricta para emplearlas.

El segundo aspecto de la estrategia consistió en crear un marco para las relaciones que equidistara entre un mundo bipolar y uno multipolar.

Se trata entonces de diseñar un sistema internacional transitorio que fuese bipolar en relación con el poder y multipolar en lo político. Este esquema es realista en cuanto a que no desconoce la gravitación aplastante del poder bélico de Estados Unidos y la URSS, pero al mismo tiempo hace participar a los poderes nacientes en la toma de decisiones concediendo una relevancia ponderada al status alcanzado por actores como China, Japón y Europa.

Un sistema bi-multipolar tiene la ventaja de limitar la voluntad y prerrogativas de los grandes y al mismo tiempo hacer responsables y legítimas las aspiraciones de los poderes secundarios. En este esquema hay dos niveles en las relaciones; en el primero participan dos actores y en el segundo hay cinco o más componentes que incluyen a los dos primeros, todos con los mismos derechos; se trata en definitiva que el nivel prima-

rio se equilibre transitoriamente con el secundario y que en el largo plazo ambos se confundan en uno solo.

Un sistema bipolar, tanto en términos de poder como ideológico, dijimos que se caracteriza por su extrema inestabilidad; no se puede esperar entonces que las medidas tendientes a sepultarlo no encuentren oposición o dificultades en su realización. Todo el proceso de cambio o situación coyuntural significa riesgos, y éstos deben ser evitados o minimizados a través de una acción constante.

Mientras dure el proceso de transición, que a pesar de la celeridad de los eventos no deja de ser lento, el papel táctico de Kissinger es impedir que el proceso se desvíe o empantane, haciendo uso de todos los recursos que la política y la diplomacia ponen a su disposición.

Esto explica sus constantes movimientos diplomáticos para solucionar conflictos que amenacen su estrategia, aun a costa de algunos retrocesos parciales a fin de mantener la fluidez de la política mundial en general y norteamericana en particular, y poder de esta manera mantener los acontecimientos dentro de cauces adecuados.

Es en la táctica, en donde el Secretario norteamericano ha hecho uso de su especial capacidad y aptitudes; es en donde el contacto personal cobra particular relevancia. Esta es la dimensión más conocida del canciller por la opinión pública internacional, que recuerda el papel tradicional del diplomático plenipotenciario y que trae a la actualidad la figura de Metternich y los juegos diplomáticos de salón en donde se decidía la suerte del mundo.

Lo importante es poner este aspecto de las relaciones exteriores norteamericanas en general y de su Secretario en particular, en su justa dimensión.

Es lógico pensar que lo trascendente de la política implementada por H. Kissinger sea lo que se deduce de la acción diplomática del canciller, y que los acontecimientos mundiales tiendan a ser correlacionados con ella. Los niveles y dimensiones internacionales de los acuerdos SALT, la guerra de Vietnam, las negociaciones del Medio Oriente y la política latinoamericana de Estados Unidos, por mencionar algunos, son muy diferen-

tes; unos se encuadran más en la estrategia que en la táctica de la política exterior norteamericana o viceversa.

Para juzgar si Vietnam o Angola son derrotas para Estados Unidos o si la paz del Medio Oriente y las relaciones con China son logros, hay que hacerlo de acuerdo a los objetivos a largo plazo que se ha fijado el Poder Ejecutivo norteamericano y no respecto de los movimientos meramente tácticos de la diplomacia kissingeriana que aún se ve obligada a maniobrar dentro de los esquemas de un mundo bipolar y conforme a esos patrones de referencia del equilibrio mundial tiende a ser analizada por la crítica internacional.

La estrategia del canciller ha encontrado tropiezos que es preciso reconocer. En primer lugar, la URSS se ha percatado del significado que tiene para su futuro un mundo multipolar. Significa a largo plazo la seguridad de que su planteamiento ideológico se derrumbará, y con ello el régimen soviético, por la clara inconsistencia entre los requerimientos del medio ambiente internacional y los objetivos particulares del marxismo leninismo.

El dramatismo de un enfrentamiento bilateral —y que tanto favorece a la URSS— se habrá perdido. La división del mundo comunista para aquel entonces estará consagrada por los hechos y sus mismas contradicciones le habrán hecho perder todo el ímpetu carismático que le es característico.

El actual armamentismo ruso y su acelerada expansión militar a través de distintas regiones tiene su explicación en el hecho anterior. El poder que dan las armas son la única garantía de seguridad para un poder basado en los valores subjetivos de una ideología mesiánica; es el "intento de ser tan fuerte que se logre tener independencia de las decisiones de los demás países". Pero la seguridad absoluta para un país significa inseguridad absoluta para todos los demás. Sólo puede lograrse si se reduce a la impotencia a los demás Estados.

Esto es un hecho que no sólo pone en peligro el éxito de los planes del Secretario sino que la actual paz mundial. Ocorre que los Estados Unidos, convencido de las irreversibilidad de los aconteci-

mientos, ya ha empezado a actuar en muchos aspectos como el miembro de un sistema multipolar sin comprender que su papel de potencia contenedora de Rusia aún deberá continuar por algún tiempo.

Por otra parte, los otros actores de un supuesto esquema bi-multipolar no han sabido o podido asumir el papel que les corresponde. Japón aún no reacciona al nuevo status que se le ha conferido; su política exterior todavía está influenciada por la sombra del conflicto pasado y se equilibra entre el amparo que le otorga su tratado con Estados Unidos, el temor a una mayor independencia estratégica, el rechazo que tiene su imagen en el resto de Asia y su gran dependencia exterior de materias primas y energía. Europa, si es que se puede hablar de ella, no ha logrado sobrepasar el umbral político de integración que le permita actuar como unidad. La debilidad interna de regímenes basados en mayorías precarias que deben actuar conforme a intereses electorales momentáneos y no en base a líneas de política de largo plazo; la constante oposición soviética e incluso norteamericana a esa unidad; y por último la real falta de voluntad política para consumir el proyecto han hecho que la Europa unida en lo económico y político solo pertenezca al futuro.

Únicamente China dentro de este cuadro ha intentado actuar de acuerdo al nuevo papel que se le ofrece. Su posición franca y respetable ante Estados Unidos, beligerante y crítica frente a la URSS, de apoyo a la unidad europea y de fomento de una actitud independiente de Japón confirma el éxito de la iniciativa Nixon-Kissinger de 1971.

Es en el aspecto de la diplomacia contingente en donde esta estrategia ha logrado sus mejores éxitos y con ello se ha podido equilibrar las deficiencias ocurridas en las otras dos dimensiones.

Así como el proceso ha tenido tropiezos, de la misma manera, los logros conseguidos son claros y efectivos; los acontecimientos fueron desencadenados y ahora es sólo cuestión de tiempo para que se consoliden y de destreza para que se concreten en la forma menos traumática posible. Es muy difícil a estas alturas que los Estados Unidos logren echar pie atrás, que Rusia pueda acumular suficiente poder para sojuzgar todo el mun-

do y evitar lo que se avecina, o que ambos impidan a largo plazo la aparición de otros poderes en la escena mundial; se opongan o no el Mundo Árabe, China, Europa, Japón, India e incluso potencias como Brasil, que llegarán a ser, si no iguales, al menos comparables a los superpoderes. El que la URSS se oponga o Estados Unidos apoye esta iniciativa no cambiará el resultado final, sino solamente tendrá significado para la mejor o peor aceptación que tengan estos Estados entre los nuevos poderes emergentes.

Citando a Kissinger se puede decir que "el problema más serio reside en la necesidad de adquirir una perspectiva lo suficientemente amplia para que el presente no aplaste el futuro". El Secretario estadounidense, sobreponiéndose al cúmulo de asuntos inmediatos que agobian la tarea de un canciller, ha previsto los acontecimientos venideros para fortuna de su propio país y del sistema internacional en último término.

Metternich y Kissinger no son comparables en el sentido que habitualmente ha pretendido hacerse, es decir, que ambos intentaron crear un sistema internacional ajustado a los intereses de sus naciones y particulares ideologías.

Clemens von Metternich comprendió que la única alternativa de supervivencia

del sistema de naciones europeas, libres de la tragedia de una guerra total, era prolongar la vida de un sistema multipolar amparado en una Santa Alianza.

Henry A. Kissinger ha concluido que la única oportunidad para obtener un mínimo de seguridad para un mundo amenazado con la devastación nuclear es acelerar la muerte del actual sistema bipolar y reemplazarlo por un sistema pluripolar basado en un código común de legitimidad.

Los dos han tenido la privilegiada genialidad de poder "interpretar el significado de los tiempos" y la suerte de tener el poder y habilidades personales para implementar acciones acordes con lo primero.

Bibliografía

Kissinger, H.A.—1957.— "A World Restored; Castlereagh, Metternich and the Problems of Peace". Houghton Eds.

Kissinger, H.A.—1957.— "Nuclear Weapons and Foreign Policy". Harper Eds.

Kissinger, H.A.—1965.— "The Troubled Partnership; a Reappraisal of the Atlantic Alliance". McGraw Hill Eds.

Kissinger, H.A.—1969.— "American Foreign Policy; Three Essays". Norton Eds.

